

BIBLIOTECA

*Los Grandes Filmes*

98

LA NOVELA PARAMOUNT



BALLET  
: RUSSO :

POR  
Florence Vidor,  
Clive Brook, etc.

50 Cts.



---

Prohibida la reproducción  
Revisado  
por la censura gubernativa.

---

J. Horta, impresor - Barcelona

# BALLET RUSSO

## Argumento de la película

---

Una noche la artista rusa Vera Janova se dirigía a pie a su teatro. Iba ligera, apretando el paso y moviendo graciosamente su persona que tenía una elegante majestad.

Comenzaría pronto la función con los diferentes números de la gran compañía rusa, de la que era ella un elemento fundamental.

Sus compañeros, los demás artistas, la estarían aguardando ya...

Pasaba Vera junto a una casa en construcción, cuando desde el último piso se desprendió una viga de acero que fué a caer directamente sobre la desprevenida mujer. Allí mismo hubiera encontrado la muerte a no ser por la oportuna intervención de un obre-



ro que, dándose cuenta del peligro, la separó rudamente de la acera en el preciso instante en que la barra rompía con su peso el pavimento de un trozo de calle.

Un acaudalado caballero, Eugenio Foster, que acababa de presenciar el accidente, descendió de su coche y corrió al lado de la artista.

La arrancó instantáneamente de los brazos del obrero, en los que Vera se había desvanecido a causa de la emoción, y la tomó en los suyos, acariciando el fino rostro de la extranjera.

El obrero quiso protestar y Foster le respondió, con una sonrisa cortante que no admitía réplica:

—Creo que puedo hacerlo mejor que usted... ¿no le parece?

El trabajador, cohibido por la autoridad del elegante, se ocultó en un rincón murmurando contra su atrevimiento.

Poco a poco, Vera pareció volver a la vida.

—¡Oh, señora! — dijo Foster — ¿se encuentra usted ya bien? ¡Qué suerte la de haber podido evitar una desgracia!

El verdadero salvador le miraba con asombro. ¡Valiente tuno! ¡Atribuirse a sí mismo acción en la que no había tomado parte! ¿De dónde había salido aquel sinvergüenza?

—Gracias, gracias, señor... — dijo Vera, que recordaba confusamente haber sido arrancada poco antes de la acera por los brazos de un hombre y que, ahora, al recobrar el sentido, se encontraba junto al distinguido caballero que la sostenía con una delicadeza suave.

Foster y Vera anduvieron unos pasos, mientras el verdadero salvador, el misero obrero anónimo, comentaba con otros compañeros la desfachatez del elegante. Intentó protestar, confesarle la verdad a la joven, pero ¿le creería aquella hermosa mujer? Probablemente estimaría más ir con un sujeto de su clase que olía a perfume y a tabaco fino, que tener que mostrar gratitud a un trabajador de maneras ásperas y rudos ademanes.

La artista rusa rehusó la fina invitación de Foster para que subiera a su coche. No, no: el Teatro no estaba lejos e iría por su propio pie.

Foster le dió su tarjeta y ella se presentó a sí misma como Vera Janova, una artista del "Ballet ruso".

—Pienso verla a usted alguna vez, Vera... ya que he tenido la oportunidad de arrancarla de la muerte.

—Será usted siempre muy bien recibido—



le respondió la rusa, envolviéndole en una mirada intensa, luminosa, que pareció penetrar muy adentro en el corazón de Foster, un hombre frío, en apariencia, pero que ocultaba bajo su tranquilidad de hielo el fuego de un eterno volcán.

Se despidieron no lejos del teatro donde ella actuaba, y sus manos al encontrarse parecieron sentir un temblor de íntima caricia.

Y ella se perdió en las calles en sombra, rasgadas por los focos de luz, mientras Foster, lentamente, efectuaba el mismo camino.

Le interesaba de veras esta artista exótica en cuyos ojos brillaba el eterno misterio de la existencia aventurera de los cómicos. Además, la casualidad había querido que él apareciese como salvador de la hermosa, y ésto le enorgullecía como si realmente fuera él el generoso defensor. Del valeroso obrero no volvió a acordarse sino para sonreír. ¡Bah; era tan insignificante, tan poca cosa!

En el teatro, la inmensa concurrencia se impacientaba por el retraso de la función. Se oían insistentes siseos exigiendo la puntualidad del espectáculo.

El motivo de este retraso obedecía a que Vera no había llegado aún.

—Que espere el público — dijo Iván No-

rodin, uno de los mejores artistas de la compañía—. No podemos empezar sin Vera...

La ausencia de la hermosa mujer preocupaba a la numerosa *troupe* de artistas. Para los compañeros de Vera, esta muchacha era más que una amiga: era una madrecita a la que todos adoraban.

De carácter quieto y dulce, la bella artista se hacía querer por todo el "Ballet ruso". Nunca dejó asomar a sus labios una sombra de disgusto, una palabra de protesta. Amable y bondadosa, seducía a todos sus compañeros con su tesoro de bondad fraternal.

Iván Norodin, un joven artista especializado en trucos mágicos que le habían dado fama universal, amaba con un amor distinto del de los demás compañeros a la hermosa Vera, criatura de belleza augusta y de serenidad de diosa griega.

Hombre fuerte, noble, enérgico, incapaz de mentir, adoraba con todo su corazón a Vera Janova, y muchas veces, en el transcurso de los meses, cuando la compañía iba de una parte a otra del mundo enviando a todas las tierras la alegría y la sonrisa de su arte, Iván había querido insinuar su amor a la hermosa rusa.

—¡Vamos, no te pongas romántico! — le decía ella.



Y sin darle una negativa rotunda, tampoco sus labios dejaban adivinar ni una esperanza de amor.



*Iván Norodin, un artista... Clive Brook.*

¿Amar? ¿Por qué? Vera adoraba su arte sobre todas las cosas y quería a Iván con el mismo afecto de compañerismo que a los de-

más amigos. ¿Por qué, entonces, complicar la existencia con las grandes inquietudes que acompañan siempre a la pasión? ¿No vivían bien? Pues a continuar, a seguir siendo libres rechazando cualquier cadena aunque fuese dorada.

Pero él movía la cabeza con actitud melancólica...

—No, no es eso — decía.

Y acallaba por algún tiempo su cariño para luego hacerlo resurgir otra vez en otra parte del mundo.

Invariablemente, la rusa le respondía:

—No te pongas sentimental. No te creo...

Y seguían de este modo, tratándose con toda confianza y estimación, pero sin que Iván lograra la seguridad de una correspondencia amorosa, una respuesta a los anhelos honrados de su alma.

Aquella noche Vera llegó con gran retraso y se vió rodeada de sus compañeros que querían averiguar el extraño motivo de su tardanza. Iván, cogiéndole una mano, la miró a los ojos como si quisiera leer en sus pupilas.

—¡Oh, Iván, por poco si me mato!... Iba a caerme una viga a la cabeza, pero un señor me salvó la vida en el momento crítico.

—Cuéntanos, Vera, cuéntanos...

Ella explicó, en pocas palabras, el acciden-



te. Por fortuna había carecido de importancia, merced a la intervención de un caballero que casualmente pasaba por allí.

—¡Gracias a Dios! — dijo Toberchik, el



—No te pongas sentimental. No te creo...

payaso de la compañía, que no abandonaba nunca su pato amaestrado y su flauta—. No sé lo que haríamos sin ti. Tú eres como una madre para todos nosotros...

Iván nada dijo. Era un hombre sobrio, de pocas palabras. Contempló fijamente a Vera,

a la mujer que él adoraba sobre todas las cosas de la tierra, y la idea de haberla podido perder, de no verla más, le causó un dolor inmenso. ¡Maldita viga que hubiera podido acabar para siempre con los ojos bellos, con la sonrisa clara y soberana de la rusa!

—Voy a cambiarme de traje. Me he entretenido demasiado — dijo Vera.

Y desapareció después de decir adiós con la mano a todos y de un modo cariñoso y especial a Iván, su compañero de actuación, su mejor amigo...

Y entre bastidores quedó el ruso, soñando en el eterno amor de Vera que, desgraciadamente, ella iba demorando sin atreverse a aceptar.



Iba a comenzar la función. En una de las primeras filas de platea tomó asiento Eugenio Foster, el caballero que había "salvado" a Vera. No le interesaba gran cosa la función; era un espectador indiferente, y había entrado en el teatro con la única idea de ver actuar a la rusa.

Con la contera de su bastón daba suaves



golpecitos para que comenzase el acto. Tardaban demasiado, era un abuso ¿no?

Y sonrió a las dos damas que tenía a ambos lados de la butaca, quienes le miraron con cierto desdén. ¿Por qué alborotaba con el bastón?

Foster hojeó, distraído, el programa que le habían dado en la puerta:

*El teatro de Alexin Chekoff presenta a la Compañía Rusa más famosa del mundo.*

*Janova-Norodin.*

*Del Teatro Imperial Vaudeville de Moscou. Primera exhibición en América.*

Tocó la orquesta una melodía exótica y alzóse la cortina, apareciendo un telón de seda por cuya parte inferior surgían hermosas piernas de mujer que, al andar iban abriendo el maravilloso tapiz de raso.

Foster pegó un golpecito con su junco y dijo a sus vecinas de puesto:

—Es ridículo ¿verdad?

Ellas no le respondieron, molestas por estar al lado de aquel caballero, amigo de comentaristas. ¡Con lo agradable que iba a ser la función!

Tras la cortina apareció toda la compañía rusa, vestida con riquísimos trajes a la usan-

za de su país y cubierto el rostro con caretas de grotesco carnaval.

Comenzando por el primer artista de la derecha, fueron paulatinamente quitándose las máscaras para aparecer con verdaderos ros-



*...apareció toda la compañía...*

tros. Foster descubrió entre ellos a Vera y la envió una sonrisa expresiva. La rusa estaba encantadora.

La compañía era numerosa, importante, y el primer número consistió en una serie de



ejercicios acrobáticos, de magnífica rapidez y limpieza, que causaron la admiración general.

Luego le tocó el turno al payaso Toberchik



*La rusa estaba encantadora.*

con sus barriles cómicos. Subido a una torre que formaban seis grandes barriles superpuestos, muy cerca de las candilejas, Toberchik

se balanceaba tranquilamente sobre ellos, pareciendo a veces que iba a caer al patio de butacas, tan extremada era su línea de inclinación, pero recobrando siempre el equilibrio.

Estos ejercicios causaban cierto pánico a los ocupantes de las primeras butacas que, más de una vez, se levantaron para huir ante aquella torre que se les venía encima.

Pero Toberchik no perdía la serenidad y allá en lo alto movía graciosamente su flauta y hacía bailar al pato que tenía domesticado con una obediencia canina.

Aquel clown apenas reía nunca, pero en su misma seriedad estaba la cantera inagotable de su éxito. Y en las horas íntimas, cuando no actuaba en escena, era Toberchik un hombre solitario, que buscaba el silencio de los rincones y que parecía haber reconcentrado todo su amor en su flauta y su pato. Era fiel y honrado para sus compañeros del Ballet, pero huía de las exhibiciones inútiles.

Mientras el payaso actuaba, estaban hablando entre bastidores Vera e Iván, preparados ya para su próximo número.

Iván parecía triste y su rostro, siempre cerrado a la sonrisa, con una enérgica expresión de inquietud, estaba oscurecido por una mayor amargura. Ella notó esta sombra de preocupación.



—¿Qué tienes, Iván? ¿Hay algo grave?

—¡No, nada, pero no puedo dejar de pensar en ese accidente! ¡Si te hubieras matado!

—Pero no me maté; no pienses más en ello — le dijo, alegremente, acariciándole una mano con una suavidad de novia.

El pareció enternecerse, y pensando en todo lo que significaba para su alma aquella criatura le dijo:

—Vera, si un día te sucediese algo... no sé lo que haría. Tal vez me daría la muerte... cualquier locura... no podría vivir sin ti...

—Iván, no te pongas otra vez sentimental... ya sabes que prefiero verte alegre... como lo estoy yo... Deberíamos estarlo siempre. ¿No somos felices? Pues hagamos buena cara a la vida para que la vida, a su vez, siga mostrándose generosa.

Iván la escuchaba sin poder comprender el alma de Vera. ¡Y ella era feliz! ¡Feliz sin amor, sin conocer el tormento que a él le martirizaba con angustia! ¡Y así pasarían los años!

Toberchik había terminado su número e Iván y Vera salieron al escenario. Ellos constituían el *clou* de la fiesta, lo más importante y sensacional del programa. Vera vestía un traje riquísimo... de fastuosidad verdaderamente eslava.

Iván pareció hipnotizar a su compañera y de la espalda de Vera surgieron, maravillosamente, dos alas de ángel, de mariposa



*Vera vestía un traje riquísimo.*

celestial, y la artista comenzó a elevarse por el teatro en dirección a la alta cúpula.

Los brazos rígidos de Iván marcaban la



dirección de aquella estela femenina. Y Vera, como un pájaro que tuviera la forma de una mujer, se remontaba majestuosamente dando vueltas a la cúpula cuyas grandes luces encendidas parecían ser constelaciones del Universo.

Luego Iván dejó caer los brazos junto a su cuerpo y en el acto, perdida la misteriosa fuerza que la sustentaba, Vera se desplomó desde la inmesa cúpula como un pájaro herido.

El grito de terror de mil gargantas conmovió el teatro, pero Iván, cuando faltaban unos cinco metros para que ella tocara el suelo, volvió a extender los brazos, pareciendo lanzar la fuerza oculta del magnetismo, y otra vez Vera se elevó con la gracia serena de las aves.

Una entusiasta ovación coronó la magnífica labor de los dos artistas. Iván fué señalando la orientación de la mujer y, poco después, Vera descendía suavemente, con la gracilidad de una pluma, en el escenario. El ruso hizo un gesto con la mano y las alas se fundieron, como si hubieran desaparecido dentro la espalda de Vera...

Comenzó después la segunda parte del espectáculo. Colocada Vera, de pie, sobre una plancha de madera, Iván fué lanzando afila-

dos cuchillos contra su amiga hasta dibujar a la perfección el contorno suave de su cuerpo. Los puñales volaban un instante como flechas de muerte en dirección de Vera y se clavaban en el límite justo de su persona. Era un ejercicio arriesgado al que ella se prestaba siempre sin temor, con la seguridad absoluta que le inspiraba la matemática precisión de su amigo.

Foster, sonriendo, gritó a sus compañeras de butacas:

—Es ridículo, ¿verdad?

Ellas no le respondieron, hartas de este vecino que todo lo encontraba mal. Pero Iván había oído las palabras y lanzó una mirada despectiva a Foster. ¡En su sitio quería verle a él!

Y lanzó el último puñal casi rozando los cabellos sedosos de Vera. ¡Un milímetro más y era la muerte!

Cuando terminó el ejercicio, descendió el telón; habría un descanso. Pero tuvieron que elevarlo de nuevo para corresponder a los aplausos interminables con que se acogía su segura, su magnífica actuación.

Foster se levantó y se dirigió al escenario. Quería hablar con Vera, felicitarla por su trabajo, que le interesaba realmente poco, pero que le convenía elogiar para la conquista



de la hermosa rusa, una perla de exótico país que engazaría al collar hermoso de sus enamoradas de un día.

El portero no quiso dejarle pasar; tenía órdenes terminantes de que allí no se admitiesen admiradores de nadie. Aquel era un teatro muy serio donde las bromas o las inútiles tertulias estaban prohibidas.

—No es posible, señor; lo siento, pero no es posible...

—Bueno, dígame ¿cuánto se le paga a usted por ser desagradable con la gente?

El portero calló. ¡Ah, señorito, la vida estaba tan mal... pero tanto!

Y Foster, poniendo en su mano un billete de veinte dólares, le dijo:

—Le pagaré dos veces su sueldo si es usted condescendiente.

—¡Cómo negarme a su generosidad, señor! Pase usted, pero... discreción.

Le franqueó la puerta, y Foster, llevando en sus manos su inseparable bastoncito, se dirigió, entre bastidores, en busca de la artista.

Vera paseaba con unas amigas, y al ver a Foster se dirigió amablemente a su encuentro.

—¿Usted aquí?

—He venido a felicitarla y a interesarme

por usted. ¿Cómo sigue? ¿Pasó ya el susto?

—Del todo... ¿Qué le ha parecido mi actuación?

—Que usted es un ángel de verdad...

Le sonreía, mirándole con un interés comprometedor.

Llegó Iván que, viendo a la rusa hablar con un desconocido, frunció el ceño. Ella le llamó, cariñosa.

—Iván, te presento al señor Foster, mi salvador...

Los dos hombres se miraron fijamente como si no pudiesen ocultar una mutua hostilidad. Iván reconoció en el elegante caballero al mismo que se había burlado de su arte desde el patio de butacas, y solamente el deseo de no aparecer grosero con el hombre que había librado a Vera de la muerte, aclaró la sombra de la antipatía.

—Vera me ha informado del todo. Muchas gracias, caballero...

—Estoy encantado de conocerles a ustedes... ¡Trabajan tan bien y son tan simpáticos..!

Y miraba a Vera como si fuera para ella su homenaje.

Un profundo rencor se adueñó de la mente de Iván al ver a la Janova mirando con ojos tiernos y dulces en los que parecía palpar



algo más que la gratitud, a Foster. ¿Por qué había venido el elegante joven? ¿Qué tenía que hacer allí?

Los timbres sonaron anunciando que se reanudaba la sesión, y Foster se despidió de Vera y del ruso con un cordial ¡hasta luego!

El conquistador regresó a su butaca, e Iván se dispuso a realizar la proeza más sensacional de la noche. Consistía el peligroso ejercicio en ser atado con fuertes cadenas y encerrado en un cajón que, a su vez, era metido dentro del agua. En el término de tres minutos Iván debía aparecer triplemente libertado de las cadenas, del cajón y del agua. Este truco era peligrosísimo, pues la permanecía de algunos momentos más en el agua, podía originar una muerte por asfixia.

Iván se presentó ante el público dispuesto a repetir la arriesgada proeza. El empresario se adelantó unos pasos a las candilejas, y habló:

—Señoras y señores: Rogamos su atención para la tarea más difícil y peligrosa de Norodin. Y para que no pueda haber sospecha de engaño, ruego a algunos señores del público que tengan la bondad de subir. Numerosos experimentos científicos han probado que ningún ser humano puede vivir debajo del agua durante más de tres minutos.

Algunos caballeros, deseosos de exhibirse, subieron al escenario y esposaron a Iván con fuertes e irrompibles cadenas.



*...esposaron a Iván...*

Luego el ruso fué metido en una caja de madera, que se cerró herméticamente y que



a su vez fué puesta en un gran depósito de agua.

Llenos de emoción, consultando los relojes, todos esperaban el momento en que Iván debía reaparecer. Sabían lo difícil de aquel ejercicio, y cómo otros artistas no habían vuelto a salir con vida.

Allá, en el fondo de la caja, un hombre estaría luchando en la obscuridad para romper las cadenas que le oprimían y volver a la vida. Si no lograba hacerlo en el plazo fatal en que podía conservar las fuerzas, moriría rápidamente y todo auxilio humano llegaría tarde.

—Un minuto — dijo el empresario consultando su reloj.

Un silencio general reinaba en el teatro. La caja permanecía inmóvil...

Otra vez la pequeña aguja dió la vuelta a la circunferencia del reloj y una voz dijo:

—Dos minutos...

Entre bastidores, Vera, con el alma temblorosa, esperaba junto al payaso Toberchik, el momento de ver reaparecer a su amigo.

Otro ligero intervalo, los rostros llenos de emoción, y de pronto la voz atropellada del director:

—Tres minutos...

Un instante de silencio. Nada, tal vez la

muerte. Pero en seguida, una tapa saltó empujada rudamente, y de la caja apareció, libre y sereno, Iván Norodin.

El éxito le había sonreído otra vez. Sabía bien librarse de las cadenas por más terribles que fuesen.

Iván había acabado su programa y, como fin de fiesta, se dieron varias sesiones de acróbatas y malabaristas.

El ruso se dirigió a su cuarto y en el camino encontró a Vera, quien le dijo mirándole con dulzura:

—Cada vez que haces ese ejercicio, me quedo sin aliento.

—¿Tanto te asusta? — dijo él, con una sonrisa amarga.

—Dijérase que hasta cesa de latir mi corazón.

—No me ocurrirá nunca nada; domino bien mi oficio...

Se alejó de ella, llamado por unos compañeros. Vera le siguió con la mirada, comprendiendo cuánto quería a Iván. Pero no con el amor que él algunas veces había insinuado, sino con un afecto que ella se imaginaba era puramente fraternal. Le quería como a un hermano, con el cariño hecho de la unión de sus vidas, compartiendo alegrías y penalida-



des, horas de esperanza o de desilusión; pero lo otro, el amor... no lo sentía Vera.

Poco después, Eugenio Foster iba de nuevo a su encuentro:

—Me olvidé de una cosa, Vera. ¿No podríamos cenar juntos terminada la función?

—¡Oh, gracias, pero no me atrevo! Iván no lo querría...

¡Le parecía tan extemporánea aquella invitación! Y sin embargo, algo fatal la atraía hacia aquel hombre al que conocía de pocas horas antes y a quien debía la vida.

El payaso Toberchik pasó con su inseparable flauta y sonrió irónicamente al ver a la rusa con un desconocido.

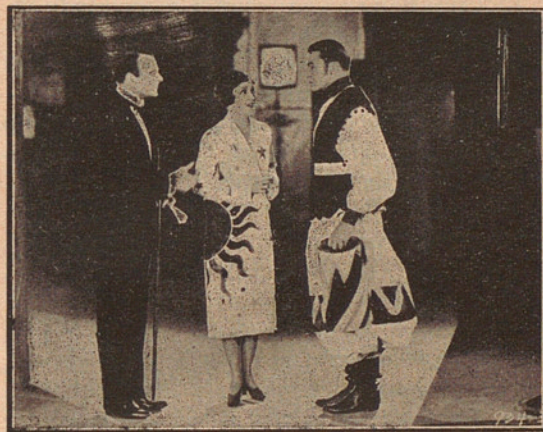
Siguió su camino y encontró a Iván que hablaba con unos artistas. El payaso tocó unas notas agudas de su instrumento para llamar la atención de Iván, y éste volvió la cabeza y descubrió a Vera hablando con Foster.

Tuvo que morderse los labios hasta hacerse sangre. ¿Qué móvil tenía aquella persecución de Foster? ¿Por qué volvía a estar allí hablando suavemente a Vera con las palabras amables que deslumbran con su brillo de luz artificial a las mujeres bonitas?

Acercóse a su amiga y miró duramente al galán que sonreía, con la más humilde y bondadosa de las actitudes.

Foster, que gustaba de la paz y jamás fue amigo de pendencias, aclaró lo extraño de su visita:

—Me he permitido invitar a Vera y sus



—Me he permitido invitar a Vera y sus amigos de la compañía, a cenar conmigo...

amigos de la compañía a cenar conmigo esta noche. ¿Quiere usted venir?

Iván buscó con sus ojos la mirada de Vera para adivinar lo que pensaba ella de la invitación. Pero la artista permanecía impa-



sible con la eterna sonrisa de serenidad esteotipada en sus labios.

—No acostumbramos aceptar invitaciones para cenar después de la función; pero si Vera tiene gusto en ir... — dijo Iván.

Y para dejarla en completa libertad, se metió en su camerino.

Ella comprendió que Iván se había disgustado y contestó a Foster:

—Usted debe comprenderlo... Yo solá no puedo acompañarle. Yo he de seguir la misma conducta que mis amigos...

Y le tendió la mano que el otro besó con un beso cariñoso.

—Es una pena — murmuró Foster con un dejo melancólico—. ¡Con las cosas que yo hubiera querido decirle a usted!

E inclinándose ceremonioso, se alejó de allí, con los ojos medio cerrados, y la sonrisa triste del hombre que acababa de perder una dulce ilusión.

Vera le vió partir y sintió en su corazón un temblor de protesta, de rebelión. ¿Qué era aquello? ¡No sabía descifrarlo!



Algunas noches después, en el hotel donde se alojaba la compañía como una gran familia, Iván leía a Vera un libro de versos.

Se encontraban todos en el gran salón esperando la hora de acostarse. Todos formaban tertulias, según sus simpatías y afinidades. En un rincón, ante una mesita, el payaso Toberchik enseñaba a leer a su pato. Pacientemente se entretenía en esta labor de benedictino.

Foster no había vuelto por el teatro. E Iván, libre de la presencia de aquel hombre, sentía como una floración, como un rejuvenecer de amor, en sus venas. ¡Si Vera comprendiese, si Vera quisiese!

Vera le miraba con un cariño de buena amiga, de compañera fiel, pero que rehuía las intimidades del amor.

—Sigue leyendo — dijo ella—. Es tan bonito este libro...

Y él, con una voz que se desgarraba de emoción, leía...

*“La Magia del Amor”.*

*¿Qué sabía ella del gran prodigio de la*



*vida? Hasta que el amor le dió su sabiduría y con su magia la abrió los ojos...*

Interrumpió la lectura la llegada del empresario de la compañía que iba con Eugenio Foster.

Los cómicos acudieron a saludar a los recién venidos y Vera corrió, gozosa, el encuentro de Foster. Iván cerró el libro y conservó una actitud huraña, de cazador que presiente un peligro cercano.

Foster se sentó en un diván al lado de Vera.

—Tenía que resolver aquí unos asuntos y, naturalmente, no podía irme sin verla — le dijo—. No he podido olvidarla desde aquel día...

Ella le escuchaba, sintiendo por aquel hombre una misteriosa confianza.

El empresario había reunido entretanto a Iván y a sus compañeros en otra parte del salón y les decía:

—Ruego que todos sean amables con el señor Foster. Es rico y tiene mucha influencia. Es, además, un buen amigo.

—¿Un amigo? — protestó Iván.

—Sí, quiere protegernos. El señor Foster ha ofrecido diez mil dólares si queremos dar una función en su casa el domingo próximo.

—¡Qué estupidez! — dijo Iván que tenía los ojos clavados en Vera—. Llévense sus dineros si quieren; a mí lo mismo me da...

—No se ponga así, Iván. Estamos todos conformes. El domingo aceptamos la invitación. ¿De acuerdo?

Ante el anuncio de cobrar aquella respetable cantidad, la "troupe" accedió con entusiasmo a actuar. Iván levantó los hombros, indiferente. ¡Ah, aquel Foster! Era como una araña sutil que iba tejiendo, poco a poco, las redes en que alguien debería aprisionar su corazón.

Mientras, Foster le decía a Vera, dulcemente:

—Creo que fué el destino, más que la casualidad, lo que hizo que nos conociéramos.

—¡Quién sabe! — murmuró ella.

—Sí, sí, el destino que quiere que nos amemos. Constantemente me pregunto si puede usted amarme. ¿Por qué no me lo dice?

Vera no supo qué contestar.

—Yo no conozco el amor... Pero usted es un hombre galante, un hombre distinto de los demás que me rodean...

—Porque soy el hombre que le conviene, el que ha elegido su corazón.

—No, todavía no...

Vera se levantó al ver que Iván avanzaba



hacia ellos, y le sonrió con una sonrisa de piedad, de inquietud...

Iván era tan bueno, tan amable, tan fino, pero el otro tenía también una seducción extraña... Al primero, con toda su inagotable bondad conocida, con toda la confianza que le inspiraba el haber vivido siempre con él, le unía un afecto de hermana, de hija, tal vez. Pero Foster era el hombre que venía de pronto con toda la belleza de lo nuevo e ignorado, del perfume que tiene un sabor exótico, con algo que no osaba definir, comprender...

Foster al ver a Iván le saludó dando ya por terminada la entrevista. Hasta el próximo domingo, ¿no? Y besó otra vez la mano de Vera y marchó con el empresario pegando ligeros golpes sobre el mosaico con su bastón...

Otra vez quedaron solos los cómicos. Vera se reclinó en el diván, y sin decir nada, atormentado por dolorosos pensamientos, Iván sentóse a su lado...

Poco a poco, los artistas fueron desfilando hacia sus habitaciones. Toberchik seguía enseñando a su fiel compañero y mirando de reojo a Vera y a Iván. Adivinaba con su fino instinto que a los dos les separaba algo grande.

Iván parecía interrogar con la mirada a su amiga, pero ésta le dijo, indiferente:

—Acabemos de leer estos poemas de amor. Hazme el obsequio, Iván...

El, de modo maquinal, cogió el libro y repitió como un eco de los pensamientos de su alma:

*...hasta que el amor le dió su sabiduría y con su magia la abrió los ojos.*

La mujer interrumpió la lectura para hablar con una extraña preocupación:

—¿Es posible, Iván, que el amor sea capaz de magia tal?

Iván la miró pretendiendo escudriñar en lo más íntimo de su alma y le dijo:

—Sí, Vera, el amor es capaz de todo; algunas veces...

La muchacha cerró los ojos evocando en sueños una imagen de hombre — que no distinguía quien era.

El continuó aún la lectura, y luego Vera se levantó quejándose de que tenía sueño.

—¡Buenas noches, Iván; buenas noches, Toberchik!

Se alejó dejando, al moverse, el perfume a nardo de su cuerpo...

El ruso la miró con tristeza y luego abrió el libro de versos y buscó en la fragancia



que tiene la poesía el lenitivo a su mal de amor...

Y el payaso, que allá, cuando era muy joven, había tenido un gran amor, dolorosamente roto, acercó la flauta a los labios y comenzó a tocar notas suaves como sollozos de un alma herida por el más hermoso de los sentimientos...



Llegó el domingo y toda la compañía del "Ballet ruso" se dirigió a casa de Foster.

El acaudalado Foster había invitado a numerosos amigos a una gran cena de gala en su casa durante la cual actuarían los principales números de la compañía Janova-Norodin.

—He preparado una diversión completamente distinta de todo lo conocido. He contratado a la famosa compañía Janova-Norodin para esta noche.

Smart, un amigo suyo, hombre tenoriesco por excelencia, le preguntó con maliciosa sonrisa:

—¿No podría usted buscarme una morenita que hablase en cristiano?

—Supongo que todo estará a gusto de todos... He mirado bien las cosas...

Foster y Smart se dirigieron al salón donde se estaban arreglando los artistas de la compañía rusa.

Iván no había llegado todavía; no actuaría en la función, limitándose a ir a recoger luego a sus amigos. Pero Vera, embellecida bajo un traje maravilloso, sonreía al elegante Foster.

—Está usted monísima... — dijo Foster, con entusiasmo.

Ella rió, amenazándole cariñosamente con un dedo:

—¡Ah, hombre galante! ¡Siempre el mismo!

Smart se hallaba contemplando las beldades rusas y, de pronto, se fijó en una muchacha morena, de ojos negros, maliciosos...

Sé llamaba Berta y era la esposa de uno de los atletas de la compañía llamado León, un hombre robusto de patillas de hacha.

Se acercó a ella y comenzó a hablar, a galantearla con las vulgares palabras de su oficio de don Juan.

Berta reía, sorprendida por los piropos y el entusiasmo repentino de Smart.

Llegó el marido, León, y apartó bruscamente a Berta del elegante.

—Smart — le dijo Foster, en voz baja—.



Me parece que va usted demasiado lejos. Tenga un poco de cuidado.

Dió principio al banquete durante el cual, en un amplio e improvisado escenario, ten-



—*Está usted monísima...*

dría lugar la representación del "Ballet".

El primero en tomar parte en la función fué el payaso Toberchik. Representó una pantomima con el pato, obligándole a fingirse muerto, a despertar después, y a realizar una

serie de ejercicios que causaron la hilaridad de la concurrencia.

Luego le llegó el turno a Vera Janova que trabajaría con León, pues Iván no había querido tomar parte en el espectáculo.

Foster aplaudió con entusiasmo la aparición de la bella moscovita. ¡Encantadora mujer que sería suya, a no dudar!

León se echó al suelo y levantando en alto los pies, sostuvo con ellos una amplia tabla de madera sobre la cual Vera Janova realizó bailes prodigiosos, verdaderas filigranas de arte.

Foster la miraba con una adoración sin límites. ¡Bien valía la pena aquella mujer de una belleza real!

León sostenía fuertemente aquel peso y sus ojos, a través de las piernas abiertas, vieron una escena que le hizo palidecer. En la estancia contigua, Berta estaba hablando de nuevo con Smart, pero con tal intimidad, con tan graciosa simpatía, que parecían prontos a besarse.

El marido rugió de celos contemplando el cortejo de que era objeto su esposa. Vió luego que Smart se acercaba y le acariciaba la mejilla y el cabello.

La emoción que invadió al marido fué enor-



me; lágrimas de dolor y de impotencia cayeron por su rostro.

Sus piernas flaquearon, parecieron perder la estabilidad, y Vera se balanceó como si la madera se hundiese bajo sus pies.

León hizo un supremo esfuerzo para resistir su emoción. Pero vió que Smart pretendía besar a Berta, y sus piernas, incapaces de resistir la violenta emoción, se doblaron como partidas por un hachazo brutal y la tabla vino al suelo derribando a Vera contra el escenario.

Foster y sus amigos corrieron a auxiliar a la mujer, mientras León, con lágrimas en los ojos, miraba dolorido a la pobre víctima de su debilidad.

—¡Me parece que si yo quisiera, lo haría mejor que usted, mal titiritero! — le dijo Foster.

León, sin contestar, corrió a separar a Smart de su esposa y le dijo con ferocidad:

—Si vuelve usted a acercarse a mi mujer, le mato...

Smart murmuró unas palabras de perdón. El ignoraba que Berta estuviese casada. Siendo así, nada le diría en lo sucesivo, se lo prometía...

Foster alzó el cuerpo bello de Vera y lo acarició.

—No es nada — dijo al cabo de unos mo-

mentos—. Dentro de algunos instantes estará bien del todo. Siga la fiesta.

Y volvieron los comensales a sentarse a la mesa, mientras otros números de varietés animaban la comida.



*Foster alzó el cuerpo bello de Vera...*

Foster, con el peso de Vera en los brazos, se dirigió al jardín depositando a la rusa sobre un banco.

Vera abrió lentamente los ojos; por fortu-



na el golpe se había limitado a un ligero magullamiento. ¡Nada más!

La luna bañaba el jardín rodeándolo de esa luz poética que invita a los mejores lirismos. Temblaba el nácar lunar sobre las flores del parque que enviaban el aliento de sus bocas claras como de mujer... Una sensación de bienestar y quietud parecía adormecerlo todo en una atmósfera de suave voluptuosidad.

—Vera — le dijo él, con ternura—. La amo, la amo más que a nada en el mundo.

Ella le miró y la luna reflejó también su luz sobre sus ojos húmedos de pasión.

—Yo quisiera rodearla de todo lo que usted merece, hacer su vida más espléndida...

—No me hable así, Foster... se lo ruego — dijo Vera, con un desfallecimiento de toda su voluntad, de todas sus energías.

—¡Déjeme usted que le diga otra vez que la amo... que te amo!

Y hundió sus labios en los de ella, besando, absorbiendo, saboreando la esencia íntima de aquel panal de amor.

Escuchóse un rumor entre el follaje y una sombra humana apareció junto a ellos. Era Iván que había llegado poco antes y que acababa de enterarse del accidente ocurrido a Vera.

Lo había visto todo: el beso, el abandono

de ella. Su boca se plegó con el gesto melancólico del fracaso.

—¿Se encuentra usted bien, Vera? — preguntó con frialdad.

Ella le miró turbada, como si temiese haber sido sorprendida.

—Sí, ahora está bien — dijo Foster, adelantándose a la respuesta—. Precisamente le estaba rogando que descansara un poco.

—Creo que mejor estaría en el salón.

—Sí, sí, vamos allá — dijo Vera.

Y, avergonzada, como si sintiera muy honradas las pupilas acusadoras de él, volvió al salón, animado con los destellos amables de la fiesta.

Al amanecer terminó el festival. Todos regresaron al hotel. Vera y su amigo Iván callaban. Cada uno estaba atormentado por los sentimientos de sus corazones.

Comprendía Vera que amaba a Foster con un amor repentino, de esos que sólo se ven en las comedias, pero ¡ay si Iván se disgustase! ¡Cómo lo sentiría ella para quien su amigo constituía algo de su propia vida, de su misma existencia!

Al día siguiente se celebró un ensayo para cambio de programa en el teatro.

Iván aparecía más taciturno que de costumbre; largas arrugas surcaban su rostro



como señalado por gruesas rayas de lápiz. Su boca, pálida y gruesa, empalidecía abriéndose en un rictus desdeñoso.

Vera quería a otro, a un elegante caballero sin otro título que su simpatía personal. ¡Y él, que la había amado desde tantos años antes, había sido desdeñado como algo inútil que se abandona por carecer de valor!

El empresario había propuesto al ruso efectuar un soberbio ejercicio de propaganda consistente en sumergirse, Iván, en el puerto, encerrado en una caja y maniatado con fuertes cadenas.

—Esta exhibición de usted será un gran reclamo. Todos los periódicos hablarán de la proeza.

Iván aceptó, cumplidor exacto de la disciplina que deben guardar los artistas al director. Al fin y al cabo, daba lo mismo efectuar el ejercicio en el teatro que bajo las aguas del muelle. Sabría libertarse de todos modos.

Y aquella tarde, toda la ciudad se vió invadida por carteles con grandes letras que hablaban del acontecimiento.

*El mago Norodin arriesgará mañana su vida en un emocionante ejercicio.*

Iván se encontraba en el teatro hablando

con el empresario y puntualizando bien la proeza a celebrar.

Foster llegó al escenario, autorizado por la bondadosa protección del portero, al que no cesaba de entregar billetes de Banco.

Al descubrir a Vera que estaba en uno de los corredores, se acercó lentamente, con una fina sonrisa.

—Vera, ¿se acuerda de lo de ayer?

Ella palideció y dijo:

—Sí y le ruego que lo olvide por el bien de todos. Yo no puedo moverme de los míos, con los que he convivido siempre.

—Vera, usted no es de la misma clase de esa gente — le respondió—. Ha nacido para ser el encanto de un hombre como yo, que la rodeará de todo lo que su fantasía más poderosa pueda imaginar... ¡Deje a sus compañeros!

—¡Oh, no! Si usted supiera cómo lucha mi corazón... ¡Pero esta gente es la mía! Yo les quiero y ellos me necesitan. Si les abandonara les causaría un gran dolor.

Foster sonrió:

—¿Por qué no es usted franca? Conozco tanto, pero tanto su corazón, hasta sus más íntimos pensamientos... Diga que lo que no quiere dejar es a ese titiritero de los ejercicios mágicos.



Ella inclinó la cabeza. ¡Tal vez sí! ¡Iván era tan bueno!

—Le quiere usted, ¿verdad? —dijo él, con voz desdeñosa.

—Sí, le quiero... pero no como usted supone.

—No la entiendo ahora, Vera...

—Usted no puede comprender... Nosotros formamos como una gran familia; aquí todos somos como hermanos.

—No me convence lo que dice usted, Vera. No tiene usted derecho a sacrificar su juventud, su vida, en manos de gente extraña. La felicidad sólo pasa ante nosotros una sola vez.

Iván, escondido en una cercana cámara obscura, había escuchado la conversación. Hizo girar la negra puerta tras la que estaba oculto y apareció, de pronto, ante los dos jóvenes. Tenía una sonrisa indiferente, de hombre resignado que ya se ha marcado el camino a seguir.

Saludó friamente a Foster y dijo a Vera:

—Vera, vamos a ensayar el nuevo ejercicio.

—Cuando tú quieras, Iván...

Los dos avanzaron hacia una puerta cubierta de negro y desaparecieron como por escotillón ante los ojos asombrados de Foster. La

puerta era giratoria y la obscuridad de la cámara impedía ver todo movimiento.

Foster se alejó con cierto miedo.

¡Caramba con la magia! ¡Daba cada sorpresa!

Y, maquinalmente, consultó el reloj, temiendo que hubiera desaparecido como Vera e Iván. Pero, no; seguía en su bolsillo del chaleco.



Al día siguiente, por la tarde, debía tener lugar el ejercicio, en el muelle, del que se había realizado una intensa propaganda.

Todos los artistas de la compañía se disponían a ir al muelle a presenciar la nueva proeza de su amigo.

Iván aparecía pálido, con una severidad triste, que no se le escapaba a los ojos inquisitivos del payaso. ¡Algún tremendo disgusto debía pasar el buen Iván! ¡Y todo por una mujer!

Vera, Iván y Toberchik se encontraban en una salita del hotel, los tres preocupados, silenciosos...



De pronto, el mago rompió a hablar:

—Quiero pedirte un favor, Vera...

—¿Tú? Mándame, Iván...

Ella procuraba mostrarse más amable con su amigo como si quisiera ahuyentar la pena que adivinaba en su rostro.

—Te emocionas tanto, Vera, cuando hago mi ejercicio bajo el agua, que te ruego con toda mi alma que no vengas con nosotros.

Vera le miró, extrañada, como si no acertara a comprender.

—Entonces, ¿es que hay peligro?

—Ninguno, pero eres tan delicada que no quiero que sufras...

Los otros artistas habían ya salido en dirección al puerto.

Iván se puso el abrigo y el sombrero; iba a partir.

—Si tal es tu deseo, me quedaré, Iván...

—Te lo agradeceré siempre — dijo él, con voz triste—. ¡Vera, adiós!

La miró en los ojos, pareció querer abrazarla, estrecharla contra su corazón, pero luego, como si alguien se hubiera interpuesto entre los dos, se separó bruscamente de ella.

—¡Adiós, Vera! — volvió a decir con lentitud.

—¿Otra vez te pones sentimental, Iván? — dijo la joven—. ¡Siempre el mismo carácter!

Pero Iván, sin volverse ya, estrechaba ahora con efusión las dos manos de Toberchik.

—¡Adiós, amigo mío! — le dijo—. ¡Quédate con ella, acompaña!a!

El payaso apretó aquellas manos nobles, y apenas pudo murmurar:

—¡Que te vaya bien, Iván!

El marchó y Vera y Toberchik quedaron silenciosos como si hubieran notado algo extraño, fuera de tono, en la despedida de él.

—¡Bah! — dijo Vera, de pronto—. Voy al muelle; quiero verle trabajar.

—¡Por favor, no vayas! — exclamó Toberchik, conteniéndola—. Quédate conmigo, Vera...

Ella paseó nerviosa por la sala, con extraña inquietud.

—Dime, ¿es tan peligroso ese ejercicio como dicen?

El payaso la miró lentamente, la envolvió en una mirada que parecía querer confesarle muchas cosas, y luego respondió:

—Si no fuera más que peligroso...

—¿Qué quieres decir? — preguntó ella, aterrada—. ¡Habla, habla, por Dios!

—Todas las mujeres sois iguales! — murmuró el payaso, con un verdadero dolor de "clown". Sólo os dais cuenta de que amáis a un hombre cuando lo perdéis.



—Pero, ¿qué sospechas, qué piensas? No me tengas en esta incertidumbre, Toberchik; habla, por favor...

—¿No te fijaste en su expresión, cuando te dijo adiós? ¿No viste que había casi lágrimas en sus ojos? Yo sí lo vi, yo sí me di cuenta.

—Es que acaso, él... —gritó con horror.

—Lo adivinas, qué sé yo lo que hará; tal vez quiera morir, ve a saber... Quizá no volvamos a verle...

—¡Oh, calla, calla! Mi sombrero; me voy al muelle.

Salió como una flecha, como un rayo. ¡Iván iba a morir... ¿Por qué no adivinó antes, por qué le dejó marchar?

En la calle subió a un automóvil y se dirigió, veloz, hacia el muelle. La angustia le paralizaba el corazón. ¡Iván... Iván!... Y en su alma parecía surgir el culto al verdadero ídolo, como si, de pronto, en su corazón surgiera una gran verdad.

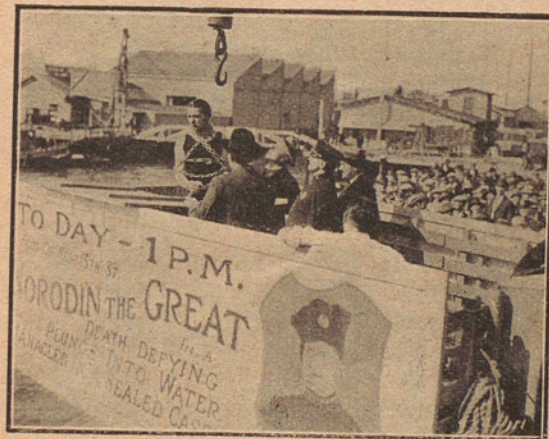
Y el payaso quedó en el hotel, acariciando su pato, pensando que en casi todas las tragedias humanas hay siempre una mujer...

Poco antes de llegar Vera al muelle, invadido de enorme gentío que se apretujaba para ver el gratuito y peligroso ejercicio, Iván, el mago ruso, pálido, severo, con aquella su

rigidez de esclavo, fué maniatado por fuertes cadenas y metido en una caja.

Ya cerrada la caja y suspendida por unas cuerdas, fué cayendo hacia el fondo del puerto.

En aquel supremo instante, Vera llegaba



...el mago ruso, pálido, severo...

al borde del agua, viendo como la caja desaparecía bajo la superficie gris del mar.

Fué un momento de suprema emoción, un instante de un aterrador silencio, que pareció extenderse por el muelle como una or-



den invisible. Eran tres minutos de espera trágica, pasados los cuales un hombre debía aparecer en el agua o morir.

Todos consultaban los relojes, y Vera, caída en tierra, sin ánimo para mantenerse en pie, contaba aquellos segundos de agonía.

—¡Iván, Iván! — murmuraba.

Y su voz era como un rezo...

¿Saldría del mar? ¿Se habría equivocado el payaso en sus profecías? Sí, sí; no podía ser verdad. Iván saldría como otras veces.

—Un minuto — dijeron miles de voces.

Y se extendió el rumor como una sacudida de miedo.

Un silencio estremecedor, un palpar de corazones... Nada más... Y el reloj avanzando...

—Dos minutos...

Ya llegaba el instante supremo... Muerta de angustia, Vera lloraba. Iván... Iván... qué beso de amor le daría al verle surgir... Tenía razón el payaso: las mujeres sólo conocen el amor cuando lo han perdido. ¡Iván!

—¡Tres minutos!

Todas las miradas coincidieron en el mar esperando ver aparecer al ruso. Vera, muerta de angustia, tenía las pupilas clavadas en la superficie gris, mansa e indiferente.

Pasaron unos segundos, lentos, trágicos,

mortales; miles de relojes volvieron a señalar otro minuto. ¡Y el mago no salió!

—¡Iván, Iván! — lloró la pobre mujer, desconsolada, mientras algunas señoras acudían en su auxilio, sin comprender su inmenso dolor.

Una vibración melancólica pasó por todas las almas. Unos hombres se echaron al mar para bucear en el fondo y poder salvar al desdichado... Poco después reaparecían con la tristeza en el semblante. ¡Iván se había perdido para siempre en el fondo misterioso del puerto!

Fué saliendo el gentío, comentando, con la contagiosa tristeza popular, el doloroso fin del mago.

—¡Qué desgracia, qué gran desgracia! — decían.

Vera fué retirándose lentamente, llorando con un desconsuelo que hacía perder la serenidad a su rostro noble e inteligente.

—¡Le he matado yo; yo tengo la culpa! — se decía.

Y la serpiente del remordimiento se enroscaba a su corazón.





La vida teatral no tiene entrañas. En la función de la noche, otro público aguardaba con indiferencia la actuación del "Ballet ruso". El dolor se ponía máscara de alegría y era necesario reír...

Alzado el telón, todos los cómicos aparecieron en el escenario con sus grotescas caretas de carnaval. Bajaron los antifaces y esta vez sus rostros quisieron iniciar vagamente una comicidad que estaban muy lejos de sentir. Habían llorado, y aquellos hombres y mujeres no podían olvidar al pobre compañero muerto. Vera, entre ellos, estaba lívida, sin poder contener las lágrimas que querían sin cesar aparecer a sus ojos.

Aquel día la representación careció del espíritu, del alma que los artistas ponían en todas sus actuaciones. El público que aplaudía, sin cansarse, el espectáculo, no podía comprender la tragedia que todos llevaban dentro. ¡Ay, su mejor amigo! ¡ay, aquel Iván, robusto, enérgico, que parecía vender salud!

Cuando terminó la función, los cómicos se dirigieron lentamente a sus camerinos y

todos, al pasar ante la puerta cerrada del cuarto de Iván, volvían apenados la cabeza. ¡Ya no lo verían más!

Vera, junto a la puerta, lloraba, sintiendo en su corazón toda la crueldad de aquella imprevista tragedia. El payaso se acercó a ella y le murmuró:

—Ahora lloras por Norodin... pero mañana lo olvidarás por otro.

—¡Qué loca he sido! ¡Yo tengo la culpa de que él haya muerto! ¡Por mí! Yo siempre lo desprecié y ahora que no lo tengo, comprendo que le amaba...

—El amor no se conoce hasta que es demasiado tarde — dijo el "clown".

—¡Pobre Iván! ¿Por qué fui tan mala con él? ¿En qué he estado pensando?

—Eres como muchas mujeres, Vera— dijo Toberchik—. Tenéis a vuestro lado, durante mucho tiempo, al hombre que os quiere, que puede hacer vuestra felicidad y le despreciáis una y otra vez hasta que el enamorado pierde la esperanza. Y luego él os olvida, o se mata, y entonces, cuando le habéis perdido para siempre, comprendéis que aquello era el amor que pasaba... Tú has hecho esto con Iván. No querías saber que aquel hombre te adoraba y, en cambio, dabas tu corazón a uno que llegaba sin otro



equipaje que sus galanterías y su audacia...

—¡Es verdad, es verdad! — sollozó con voz apagada la mujer—. ¡Y ahora es demasiado tarde!

Vera se encerró en su cuarto y, abatida, se



—¡Pobre Iván! ¿Por qué fui tan mala con él?

dejó caer en un sillón confesándose que amaba con toda su alma a Iván Norodín. Y el recuerdo de otro hombre pasó por ella: Eugenio Foster.

¡Oh, no!; éste era el capricho de un día,

una ilusión momentánea, el humo de todos los cigarros de la novedad que había ensombrecido su imaginación... ¡Y por ese hombre había dejado ella escapar a Iván, le había ocasionado la muerte!

—¡Iván, Iván! — gimió—. Estabas a mi lado, eras el amor y no te quería. Tenía en cambio a Foster, y él, comprendo ahora que no significa nada para mí...

Y siguió llorando con un dolor que no tendría fin...

Encontró sobre la mesa una cajita de flores con una tarjeta de Eugenio Foster que decía:

*He sabido la triste noticia. Lo siento mucho. Quiero verla después de la función.*

Ella arrugó, disgustada, la tarjeta. ¡Cómo se había equivocado! Foster ya no le interesaba lo más mínimo. ¡Era el otro, el amor eterno!

Poco después entraba en su camerino Eugenio Foster, quien se inclinó ante Vera y murmuró unas leves palabras de sentimiento. Poca cosa. Aquella muerte no debería conmoverles mucho.

—Ahora es usted perfectamente libre. Vera...

—Quiero ser leal con usted, señor Foster



—dijo la rusa, con forzada sonrisa—. Hasta hoy no he comprendido los verdaderos sentimientos de mi corazón.

—Pero, Vera...

—Yo no le amo... no puedo amarle — murmuró con voz apagada.

—Vera, no esperaba estas palabras — dijo sorprendido el galán—. Creía, por el contrario, que ahora nada privaría nuestra libre unión.

—No puede ser, Foster...

—¡Qué incomprensibles son ustedes todas las mujeres!

—¡Quién podrá conocernos nunca! — suspiró la rusa, con honda melancolía—. Tenemos el amor a nuestro lado y vamos a buscarlo lejos.

—Está usted fuera de sí esta noche, Vera. No sabe lo que se dice...

—Por favor, váyase usted; quiero estar sola.

Pero Foster no estaba conforme con que se burlasen de él. ¡Aquella era una sangrienta burla! Cuando ya tenía conquistada a la rusa, salir a última hora con aquellas consideraciones de necia filosofía...

—Vamos, no puede usted echarme tan fácilmente, Vera. Tiene usted que amarme de grado o por fuerza...

—¡Váyase o le pesará! ¡Voy a llamar!

Foster la miró con indignación y luego salió rápidamente. Los cómicos iban abandonando el teatro. Foster se ocultó en un camerino frente al de Vera.

Pasó el portero y Foster le llamó, entregándole un billete. ¡Silencio! ¡El se quedaba allí con Vera! ¡Que nadie supiese nada!

El empleado, cómplice de todos los hombres que pagan, cerró la puerta del teatro después de convencerse de que habían salido ya todos los demás artistas...

Vera observó que reinaba un gran silencio a su alrededor, y suponiendo que quedaba ya únicamente el portero, salió de su camerino. Estaba triste; en su alma ya nunca reinaría la alegría, sino el remordimiento.

Pero al hallarse en el pasillo surgió la sombra de Eugenio Foster.

—¡Oh, usted todavía aquí! Déjeme salir.

—¡Salga!—respondió él, tranquilamente.

La muchacha, aterrada por la expresión de Foster, corrió a la puerta y la encontró cerrada por la parte exterior.

—¡Dios mío! Nos han encerrado. ¿Qué ha hecho usted?

—Estamos solos — dijo él riendo—. Todos se han ido. Usted y yo somos los due-



ños del teatro. El mundo es nuestro. Tenemos la noche por delante.

—¡Oh, no!

Huyó atemorizada, sintiendo cerca de ella el aliento venenoso de Foster. Este conquistador iba resultando un tenorio vulgar y callejero, dispuesto a todo, a las armas más innobles para conseguir colmar su pasión...

Foster corría detrás de ella, orientándose por medio de una lámpara eléctrica que esparcía, nerviosa y de continuo, su redondel de luz.

Llegaron a la platea del teatro, desierta y oscura, sin otra luz que la que proyectaba la circunferencia de la linterna.

Llena de terror, Vera se escondió tras las butacas pero siempre era descubierta por el ojo eléctrico y tenaz.

Y seguía huyendo, llamando con voz inconsciente a Iván, horrorizada por la idea de caer en brazos de aquel hombre que si lograba aprisionarla la haría suya sin que ella pudiese gritar, reclamar un auxilio que nadie podría prestarle hasta el día siguiente.

—No corra, es inútil que se esconda... No hace más que cansarse — le gritó Foster.

Ella saltó otra vez al escenario, seguida ya muy de cerca de Foster. Y Vera se consi-

deró perdida y se dispuso a luchar, a defenderse contra el miserable.

Había encendido la luz eléctrica. Se encontraban ahora en una de las salas del escenario, y aunque Vera pretendió escapar, Foster logró cogerla por el talle, y estrecharla contra él.

—Te quiero, y no te me escaparás... Serás mía, porque te amo, porque nadie más que yo tiene derecho a tus besos...

—¡Déjame, reptil! — rugió la maravillosa artista.

Y con un esfuerzo magnífico logró desasirse de los brazos de él.

Algo, una sombra humana, había cruzado una estancia vecina... Pero antes habían abierto la puerta de la calle y vuelto a cerrar cuidadosamente.

Vera siguió huyendo, seguida de Foster, que tenía los ojos inflamados por el brillo de la sensualidad.

—Loca, ¿es que piensas aún fugarte? No te librarás de mí...

Adelantó decidido hacia ella con el ánimo, esta vez, de no dejarla escapar, prefiriendo antes darla muerte.

Vera había ido retrocediendo hacia la cámara oscura y se colocó ante la puerta vestida de negro.



Foster adelantó unos pasos más, pero la puerta giró, desapareciendo la muchacha y apareciendo en su lugar una figura de hombre con los brazos cruzados. Era la figura esbelta y noble de Iván Norodin.

—¡Usted! ¡Un muerto!

—¡Todavía no — dijo una voz tranquila —; todavía no!...

Caminó, enérgico, implacable, hacia Foster, que fué apartándose, loco de terror, hasta tropezar y apoyarse contra una plancha de madera que anteriormente había servido a Iván para la suerte de los cuchillos...

Vera, que había dado la vuelta a la puerta giratoria sin sospechar que tras ella se hallaba escondido Iván, al escuchar voces apareció de nuevo y su terror fué inmenso al encontrarse ante su compañero de "Ballet".

—¡Iván! ¡Iván! — gritó.

—Después hablaremos — contestó el resucitado—. Ahora he de arreglar cuentas con este señor. He estado escuchando todo lo que aquí se ha dicho...

Y cogiendo varios cuchillos comenzó a tirarlos contra la plancha donde estaba Foster con los ojos extraviados y un temblor que movía las extremidades de su cuerpo.

Los cuchillos iban delineando el contorno

de Foster, que tiritaba pensando que había llegado el momento de morir.

—Y ahora, ¿le parece también ridículo?



*Los cuchillos iban delineando el contorno de Foster.*

— dijo Ivan, recordando aquellas palabras insultantes que un día pronunciara Foster,



Un sudor frío inundaba el rostro de Foster. Sin aliento para protestar, para defenderse, tenía el gesto del hombre que va a ser ejecutado.

—¡Miserable! — rugió Iván—. Me queda un solo cuchillo; prepárese...

Esgrimió violentamente un puñal en el aire. Vera hizo un gesto de terror. Y Foster inclinó la cabeza resignándose a la muerte...

El arma volteó en el aire y luego fué a clavarse a unos milímetros de la cabeza del don Juan...

Iván sonrió. ¡Si él hubiese querido!

—Márchese usted de aquí — dijo el ruso, amenazador—; márchese y no vuelva nunca. Es usted tan despreciable, que no quiero siquiera darle muerte. Váyase antes que me arrepienta de mi generosidad.

Y Foster, pálido y sobrecogido, con los ojos bajos, salió jurando no volver a poner allí los pies. ¡De buena acababa de librarse!

Iván y Vera quedaron solos. Y ella, entonces, acercándose a su amigo, mirándole con los hermosos ojos que aun tenían la humedad de las lágrimas, gimió:

—¡Iván, Iván!

Y le estrechó en sus brazos y el ruso besó la roja boca de su compañera de "trou-

pe". Estuvieron un momento así, abrazados, con los labios juntos murmurando la plegaria del querer.

Luego, ella deshizo el encanto del silencio:

—Pero, Iván, cuéntame, ¿por qué fingiste que habías muerto? ¡Si supieras como he sufrido!...

—¡Pobrecita! — murmuró él, acariciándola—. Quería conocer tus sentimientos... y que tú los conocieras también. Sabía que en el fondo de tu desdén existía un amor por mí que tú no querías comprender, y era preciso que yo me eliminara para que tú pudieras verlo claramente. Hemos nacido el uno para el otro, Vera. Gracias a Dios que has abierto los ojos a la luz. Tenías el amor junto a ti y no lo veías... y lo buscabas lejos. Y lo otro, lo de Foster, no era otra cosa que podredumbre, que carne... Tú necesitabas verdadero amor.

Luego le explicó su resurrección. Tan pronto se hundió la caja en el muelle, él se había desligado fácilmente de las cadenas y corriendo bajo el agua había huído hacia un bote que ya tenía convenido de antemano.

—Sabía que sucedería esto. Tú me amabas, y era preciso que yo muriera para que te dieras cuenta de este amor...



—Pues bien, lo has conseguido — respondió ella—. ¡Cuánto te amo!

Y de nuevo se estrechó contra él, con el ansia deliciosa que une a todos los enamorados desde el principio del mundo.

F I N

PRÓXIMO NÚMERO:

La gran producción "Paramount"  
por CLARA BOW, ANTONIO MORENO, Etc.

**ELLO**

ASUNTO SENSACIONAL

*Sea usted coleccionista de "Los Grandes Films"*

**¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!**

**Lea usted**

**EN PREPARACIÓN:**

Don Juan

Noche nupcial

El séptimo cielo

La mariposa de oro

"Beau geste"

El demonio y la carne  
entre otras.

**La tía Ramona**

por Tomás Cola, Luisa Fernanda  
Sala, Alfonso Granada, Luisita  
Gargallo, etc.

:: Libro 18 de las selectas

**EDICIONES ESPECIALES**

DE  
**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA ::**

**¡SIEMPRE LO MÁS GRANDE!**



2

